

fatta nell'aprile 1588 a un cappuccino, di cui non viene segnalato il nome, di leggere libri proibiti et di assolvere gli eretici “in foro conscientiae tantum” (ADDF, *Decreta* 1588, f. 294r). Cinque anni dopo, il 17 gennaio 1594, fu Clemente VIII a concedere a Ludovico da Sassonia, “praedicator Ordinis capuccinorum in partibus Helvetiae”, la facoltà di “tenendi et legendi libros haereticorum prohibitos” (ADDF, *Decreta* 1594, f. 181r). Il 1° febbraio 1596 fu concesso dallo stesso Clemente VIII a Maurizio da La Morra, “professo Ordinis minorum capuccinorum, misso ad Valles Sabaudiae pro conversione haereticorum illarum vallium”, la facoltà “tenendi et legendi libros prohibitos” (ADDF, *Decreta* 1596, f. 136v). La stessa concessione fu fatta due anni dopo al suo collega missionario cappuccino Valeriano da Pinerolo e ai suoi confratelli: “illustrissimi domini concesserunt eidem Valeriano ac aliis fratribus cappuccinis nunc et in posterum actu servientibus in missione pro convertendis haereticis in Vallibus Sabaudiae, licentiam tenendi et legendi libros haereticos prohibitos durante missione et dummodo sufficientes sint ad confutandos errores haereticorum” (ADDF, *Decreta* 1598, f. 428). Esempi simili si potrebbero facilmente moltiplicare. Forse la concessione piú celebre, a motivo dell'importanza del personaggio, fu quella concessa a san Lorenzo da Brindisi prima di recarsi a Praga; per lui la Congregazione romana cosí scriveva il 7 luglio 1599: “Fratrī Laurentio de Brundusio, Ordinis cappuccinorum concionatori, nunc proficiscendi Pragam cum duodecim aliis cappuccinis pro erigendo ibi conventum, lecto memoriali exhibitō nomine Generalis eiusdem Ordinis, illustrissimi domini concesserunt licentiam tenendi et legendi libros prohibitos [...]”.

Vincenzo Criscuolo

Dicastero delle Cause dei Santi – Città del Vaticano

La pobreza en el mundo antiguo, ed. por Francisco Marco Simón – Francisco Pina Polo – José Remesal Rodríguez (Instrumenta, 81) [c. Adolf Florensa, s. n. – E-08028 Barcelona] Barcelona, Edicions de la Universitat, 2022, 29,5 cm, 228 p. – ISBN 978-84-9168-900-3

Publicación de las actas del décimo primer Coloquio de Historia Antigua celebrado en Zaragoza los días 9 y 10 de septiembre de 2021 donde se abordó una temática de enorme interés para el franciscanismo y para los retos del mundo actual: la pobreza. Hoy nos preocupan las desigualdades entre pueblos y naciones, pero también existió la desigualdad y la pobreza en la Antigüedad, afectando a amplios sectores de la sociedad. Los participantes en el coloquio abordaron el tema desde diversas ópticas centrados en el mundo greco-romano.

Ya de entrada la profesora Lucia Cecchet, de la Università degli Studi di Milano, presentó una profunda y muy meticolosa análisis del término griego *penetes* para ayudar a interrogarnos a propósito de quien era realmente considerado un “pobre” en la sociedad del mundo helénico (ver en las p. 13-21: “Percepción económica y social de la pobreza

en las fuentes griegas arcaicas y clásicas”). La palabra griega *penetes* –traducida en italiano como “i poveri” y en castellano como “los pobres”– inicialmente, en el griego antiguo, era un término para referirse a aquellas personas que se ganaban la vida mediante el trabajo, mientras que los *penetes* no carecían de lo necesario para vivir, los *ptochoi*, “los indigentes”, no poseían nada y vivían de la mendicidad.

Aida Fernández Prieto y Miriam Valdés Guía nos brindan una aproximación a la vida cotidiana en los hogares más empobrecidos de Atenas como consecuencia de la guerra del Peloponeso; un hecho bélico que afectó muy directamente a los colectivos más vulnerables: los ancianos, las viudas y los huérfanos que, en aquella circunstancia, precisaron –de la polis ateniense– de algunas medidas proteccionistas (ver en las p. 23-52: “Familia, pobreza y vulnerabilidad en la Atenas clásica: ancianos, viudas y huérfanos de guerra”).

La profesora de la Universidad de Zaragoza Laura Sancho Rocher durante las sesiones del coloquio profundizó en las motivaciones que impulsaron a la Atenas democrática a contribuir con ayudas económicas a beneficio de aquellos ciudadanos con menos recursos (ver en las p. 53-71: “La política democrática de los suburbios: de Pericles a Eubulo”), ya que las subvenciones en metálico y en forma de alimentos era la forma habitual de repartir los beneficios económicos de la polis y, así, contribuir a fomentar el sentimiento de pertinencia.

Finalmente, Marco V. García Quintela concluye las aportaciones sobre la pobreza en el mundo helénico con un estudio sobre la vida de pobreza según Sócrates, que la vindicó como una forma de vida alternativa al margen de la vida pública de la Atenas democrática; una opción que, de alguna forma, podría coincidir con la opción de pobreza voluntaria de los miembros de las órdenes mendicantes del Medioevo (ver en las p. 73-87: “La pobreza de Sócrates y la Academia de Platón”), ya que la “pobreza” era vista por Sócrates como una vida alternativa, ajena a la vida de la polis.

En la segunda parte del volumen que reseñamos se trata sobre la pobreza vivida en diversos contextos del mundo romano. De entrada, el profesor de la Universidad de Barcelona Javier Velaza, define, y explica, los términos latinos *pauper* y *paupertas* que, según parece, para los romanos no tenían un sentido demasiado preciso ni definido. Por lo que se refiere al *pauper* sería aquella persona con recursos limitados pero suficientes para subsistir; mientras que la *paupertas* sería una condición humana que, incluso, podía ser entendida talmente como una virtud (ver en las p. 89-97: “*Quid est pauper?* El *pauper* romano, entre la literatura y la epigrafía”). Sin duda, en la Roma clásica hubo pobres de verdad que carecían de lo fundamental para vivir y que se arrastraban por la marginalidad de la vida social. Solamente el advenimiento del cristianismo habría de convertir a los pobres en objeto de un nuevo concepto de la caridad, confiriéndoles, si no una voz y un rostro, al menos una vaga silueta, tal como en 1983 ya lo puso de relieve el profesor de la Sorbona, el Dr. Charles Pietri (ver, *Les pauvres et la pauvreté dans l'Italie de l'Empire chrétien, IV^e siècle*).

Ana Mayorgas Rodríguez a partir del texto *De re publica* de Cicerón, de la biografía sobre Rómulo que escribió Plutarco, de la obra *Antiquitates Romanae* de Dionisio de Halicarnaso y del texto de la crónica *Ad urbe condita* de Tito Livio analiza el concepto de pobreza y el de riqueza en los relatos sobre los orígenes de Roma; unos orígenes que acostumbran a ser presentados como humildes y muy modestos para poder enaltecer su posterior desarrollo, cuando Roma llegaría a formar un imperio de alcance mediterráneo (ver en las p. 99-112: “*Humilis multitudo*. Pobreza y riqueza en las narraciones sobre el origen de Roma”). En efecto, los romanos no tenían ningún pasado remoto glorioso. Sus antepasados eran pastores trashumantes de la Edad del Bronce que desde medianos del segundo milenio a.C. habían empezado a frecuentar las colinas sobre las que, posteriormente, se asentaría la ciudad de Roma. Este pasado humilde marcó la visión que los romanos tenían de sí mismos; así, en sus orígenes no había ni imperios, ni grandes reinos como sí los había en el pasado griego. Los romanos transmitieron oralmente una serie de relatos que terminaron componiendo una narración cronológica más o menos coherente, memoria oral que se reproducía en fiestas como los *Parilia* y los *Lupercalia* en el Palatino, donde se encontraba el Lupercal y la cabaña de Rómulo, directamente vinculados a la topografía urbana de Roma a partir de los siglos II y I a.C., y es muy posible que esta memoria condicionase el relato tradicional romano que habla, en sus orígenes, de una población sin recursos y de baja condición social; un pasado oscuro y de pobreza que conduciría a Roma a una posición posterior de relevancia política y social que terminó por conquistar todo el Mediterráneo.

Sigue en las actas la aportación del profesor de la Universidad Autónoma de Madrid Eduardo Sánchez Moreno que reflexiona sobre el imperialismo romano visto como un código narrativo entre dominadores y dominados, señalando que la supuesta “miseria” de los vencidos en las *pro-vinciae* era particularmente enfatizada para denigrar a los enemigos (ver en las p. 113-124: “La pobreza en la narrativa del imperialismo romano. Algunas representaciones cruzadas”); un estudio donde se pone de manifiesto como la “pobreza” de los enemigos era presentada como una argumentación para justificar la extensión del *Imperium* pero sin dejar, no obstante, de enaltecer una pobreza de carácter “honorable” vista como *virtus*, una actitud que se desarrolló en el proceso de maduración de la hegemonía romana que posibilitó contemplar una *paupertas rustica* talmente una metáfora de paz.

A partir de los escritos ciceronianos, el profesor de la Universidad de Zaragoza Francisco Pina Polo se interroga a propósito de las actitudes de Cicerón ante el mundo de la pobreza y de los pobres. Este famoso orador y escritor romano defendió como una cosa evidente la existencia entre ricos y pobres y se opuso –calificándolas de demagógicas– aquellas leyes frumentarias y agrarias que querían contribuir a nivelar las desigualdades (ver en las p. 125-139: “*Miseria ac ieiuna plebecula*: la posición de Cicerón frente a la pobreza), mostrando Cicerón e sus escritos un notable menosprecio hacia los pobres en los cuales veía el germen de potenciales criminales, a unas personas ignorantes que

podían ser fácilmente manipuladas y reclutadas por los sediciosos para poner en peligro la *res publica* romana.

Sigue un estudio de Yann Berthelet de la Université de Liège en el cual, a partir de textos literarios y epigráficos, investiga si todos los sacerdotes romanos eran miembros de la aristocracia, o bien si algunos procedían de estamentos más modestos y considerarlos “pobres” (ver pp. 141-150: “¿Plebeyos, mendigos y charlatanes entre los sacerdotes públicos de la Antigua Roma y de las antiguas ciudades de Italia?”); un estudio donde se pone de manifiesto como en el mundo romano el hecho de ser pobre (*pauper*) no necesariamente significaba vivir en la indigencia (*egestas*). En el artículo de Pedro López Barja de Quiroga se ofrece un análisis de la relación entre pobreza y esclavitud en el cual se indica que, una de las maneras de medir el grado de pobreza en la Roma clásica era la posesión de esclavos, calificando de “pobres” aquellos que no eran propietarios de ningún esclavo (ver p. 151-164: “Pobres y esclavos: el círculo de poder en la Antigua Roma”).

Muy estremecedor es el estudio aportado por Rosa Cid López, de la Universidad de Oviedo, que lo centra en el análisis de un grupo social muy específico: las prostitutas ancianas –las *vetulae meretrices*– que experimentaron numerosas dificultades de supervivencia sufriendo una extrema pobreza y exclusión social (ver p. 165-181: “*Vetulae et meretrices*: pobreza, marginación social y género en la Roma Antigua”). Aunque con la expansión del cristianismo se intentó atender las necesidades de las personas más desfavorecidas ampliando el concepto de “pobre”, no llegó a eliminarse la fuerte estigmatización que sufrían las prostitutas por realizar una labor de subsistencia de carácter “infamante”.

Los dos últimos estudios que coronan el volumen están dedicados a la Antigüedad tardía. La Dra. María Victoria Escribano Paño, a partir del análisis de las leyes imperiales desde Constantino a Teodosio II, examina la instrumentalización de la pobreza puesta al servicio del interés público a partir, sobre todo, del libro XVI del *Codex Theodosianus* (ver p. 183-201: “Los pobres y los empobrecidos en el discurso legislativo de Constantino a Teodosio II”), ya que Constantino incorporó el vocabulario, la retórica y la ética cristiana de la pobreza al discurso legislativo al establecer el año 329 que era deber de la Iglesia sostener a los *pauperes* y, así, colocó la pobreza al servicio del interés político.

Finalmente, Pedro Barceló centra su aportación en el estudio de las revueltas provocadas por la falta de víveres; unos tumultos que fueron bastante frecuentes en las grandes ciudades del imperio, principalmente en Roma, Constantinopla y Antioquía. Estos tumultos solían estar vinculados a disensiones religiosas o políticas que sabían instrumentalizar a los grupos más menesterosos y empobrecidos de la escala social (ver p. 203-211: “Revueltas de hambre en las ciudades tardo-antiguas”), de modo que las grandes metrópolis de la Antigüedad tardía se vieron afectadas repetidamente por convulsiones y tumultos –*Tumultus et urbanae seditiones*– de diversa tipología e intensidad, normalmente debido al deficiente suministro de alimentos, al exceso de la carga impositiva y a disputas callejeras de grupos antagonistas. En la mayoría de los tumultos las masas agitadas estaban compuestas por artesanos y personajes notables afectados por las cargas impositivas del gobierno imperial, quedando a un segundo plano los sectores más empobrecidos de

la sociedad, ya éstos que estaban exentos de la carga fiscal pero, al final, el grupo más perjudicado acababa siendo el de los pobres que sufría la escasez y el recorte de cereales.

El volumen se completa con unos índices analíticos que contienen la relación de las fuentes clásicas utilizadas, entre ellas obras de algunos autores cristianos de relieve como: Ambrosio de Milán, Agustín de Hipona, Lactancio (con las *Divinae institutiones*), Jerónimo (con el *Adversus Iovinianum*), Eusebio de Cesarea (con la *Historia ecclesiastica* y la *Vita Constantini*), el Sócrates Escolástico (con su *Historia ecclesiastica*), entre otros escritores. Se añade una relación de las fuentes epigráficas y jurídicas, y un completo índice de nombres y de lugares (ver p. 213-228).

Felicitemos a los coordinadores del presente volumen por regalarnos tan excelente caracterización de la figura del pobre contemplado en diversos momentos históricos de las sociedades tardo-antiguas, así como la descripción de las estrategias que debían afrontar los grupos más necesitados para poder superar las situaciones extremas de hambre y miseria.

Valentí Serra de Manresa
Biblioteca Hispano-Capuchina – Barcelona

Neue Aspekte einer Geschichte des kirchlichen Lebens. Zum 10. Todestag von Erwin Gatz (1933-2011). Hrsg. Brodtkorb, Clemens – Burkard, Dominik. [Leibnitzstr. 13, D-93055] Regensburg, Schnell & Steiner GmbH, 2021. 24 cm, 384 p. (€ 34,95) ISBN 978-3-7954-3659-9

Es war zweifellos eine gute Idee, zum zehnten Todestag am 8. Mai 2021 von Erwin Gatz am römischen Campo Santo Teutonico, dessen Rektor Gatz von 1975 an war, ein wissenschaftliches Symposium zu veranstalten. Hier sollten kirchenhistorische Forscherinnen und Forscher Gelegenheit haben, anknüpfend an die von ihm inaugurierte *Geschichte des kirchlichen Lebens in den deutschsprachigen Ländern seit dem Ende des 18. Jahrhunderts* (8 Bände, Herder Freiburg – Basel – Wien 1991 – 2008), einige von Gatz' Forschungsthemen und -bereiche aufzugreifen und weiterzudenken, vor allem solche, die seinerzeit nur kurz oder gar nicht behandelt wurden. So wurde das Symposium vom 6. bis 9. Mai in der Nähe von St. Peter zum Kairos, das Lebenswerk dessen zu bedenken und weiterzuentwickeln, der zehn Jahre zuvor, am 8. Mai 2011, auf einem Sonntagsausflug ins niederländische Mergelland plötzlich verstorben ist. „Seine letzte Ruhestätte fand er am 20. Mai 2011, in seiner eigentlichen Heimat Rom, auf dem Friedhof des Campo Santo, im Schatten des Petersdomes, wo er mehr als 35 Jahre seelsorglich gewirkt und wissenschaftlich gearbeitet hatte.“ So schließt der erste Herausgeber und Leiter des Archivs der Zentraleuropäischen Provinz der Jesuiten in München, Clemens Brodtkorb, seinen *Überblick über Leben und Werk von Erwin Gatz (1933-2011)*. Auf diesen einunddreißig Seiten (S. 19-50) folgt er dem Lebenslauf des am 4. Mai 1933 in Aachen geborenen Sohnes von Klaus Gatz und seiner Ehefrau Gertrud, geb. Dujardin